

DECLARACIONES DE INTERDEPENDENCIA O UNA BREVE HISTORIA DE IMPERIOS Y NACIONES ÚTIL PARA QUE EL EXTRATERRESTRE ENTIENDA LA CRISIS DEL COVID-19

Rodrigo Escribano Roca

Querido forastero extraterrestre:

Consciente de que los autores de este volumen te estamos abrumando de informaciones y teoremas para hacerte partícipe de las contradicciones de nuestro mundo, trataré de limitarme a contarte una historia. Esta historia se asemeja bastante a todas las historias que los terráqueos contamos sobre nosotros mismos: es un relato de luces y de sombras, de dinastías extintas y de sueños frustrados. Es un relato de ocasos y de amaneceres, de pandemias terribles y de curas prodigiosas.

En su magnífico libro sobre la historia de los imperios conocidos, John Darwin nos cuenta que Tamerlán, el gran señor de los timúridas, aspiró a gobernar sobre todo aquello que se encontraba cubierto por el anchísimo cielo³⁵. Este caudillo musulmán, que recorrió, sable en mano, las llanuras de Anatolia, las quebradas del Cáucaso y las mesetas iraníes, fue el último de una saga de conquistadores que aspiraron a darles un soberano común a todos los pueblos de la borrosa Eurasia. Al gran Tamerlán se lo llevaría una enfermedad en el año 1405 de la era cristiana, justo cuando se disponía a extender su poder sobre la China de los Ming. Sin embargo, su sueño no moriría del todo, más bien se transformaría. Los anhelos de reinar sobre el vastísimo espacio de la *ecúmene* (el mundo conocido), alimentados por las tradiciones grecorromanas, cristianas e islámicas³⁶, siguieron inoculándose en las mentes de muchos gobernantes poderosos. Carlos V, Solimán el Magnífico, Iván el Terrible, Napoleón: a todos ellos les movió la fiebre del dominio universal. De hecho, es aventurado pero posible afirmar que, entre la muerte de Tamerlán y la fundación de la Organización de Naciones Unidas (ONU), los imperios se consolidaron como la forma de organización político-territorial más extendida por el planeta.

Jane Burbank y Frederic Cooper nos explican que las monarquías y repúblicas imperiales -no olvidemos que Venecia y Génova también tuvieron sus dependencias ultramarinas- se caracterizaron por articular estructuras de poder dinámicas y pluralistas, capaces de garantizar la obediencia de un conjunto multilingüe, multiétnico y culturalmente amorfo de súbditos. La legitimidad del imperio solía fundamentarse en mitos político-religiosos, en sistemas de violencia organizada, en cooptaciones clientelares y en procesos de

³⁵ John Darwin, *After Tamerlane: The Global History of Empire since 1405*. (London: Allen Lane, 2007).

³⁶ Brett Bowden, *The Empire of Civilization: The Evolution of an Imperial Idea* (Chicago: University of Chicago Press, 2009), <http://public.eblib.com/choice/publicfullrecord.aspx?p=448527>.



asimilación. Pero también se fundamentaba en la capacidad de las dinastías y corporaciones soberanas para negociar con los poderes locales la continuidad de sus tradiciones jurídicas y de sus libertades consuetudinarias. El dominio vertical, el privilegio corporativo y el pluralismo jurídico garantizaron la existencia de estos imperios, que hicieron de la unidad en la diversidad el secreto de su poder³⁷.

Solo en 1776 surgiría un desafío definitivo a los sueños de esta tropa de tamerlanes. Cuando el sol del cuarto día de julio se elevaba sobre la todavía modesta ciudad de Filadelfia, el Congreso Continental allí reunido entonó una Declaración que afirmaba lo siguiente: “Cuando en el curso de los acontecimientos humanos se hace necesario para un pueblo disolver los vínculos políticos que lo han ligado a otro y tomar entre las naciones de la tierra el puesto separado e igual a que las leyes de la naturaleza y el Dios de esa naturaleza le dan derecho, un justo respeto al juicio de la humanidad exige que declare las causas que lo impulsan a la separación”.

Estas palabras abrían el documento con el que los Franklins, Jeffersons y Adams justificaron la separación de las Trece Colonias de Norteamérica de la Monarquía británica. Los legisladores ultramarinos sentaron con esto las bases para la creación de los Estados Unidos. Pero el alcance de la Declaración iba mucho más allá. Por primera vez se consagraba la idea de la soberanía nacional: los representantes de un pueblo que se reconocía a sí mismo como tal podían romper voluntariamente con las legitimidades dinásticas y religiosas que les precedían y constituir un Estado independiente que se erigiera en sujeto de derecho internacional. Los firmantes de la Declaración bebían de las nuevas doctrinas del liberalismo y la Ilustración radical: el ejercicio del poder no se justificaba en función de un sistema de derechos divinos y naturales heredados, sino de un contrato social que dependía de la voluntad individual de los gobernados y que, por tanto, tenía una naturaleza mutable y coyuntural³⁸. Al mismo tiempo, los legisladores reinterpretaban, como demostró John Agard Pocock, algunas ideas fundamentales legadas por el pensamiento renacentista y grecorromano³⁹. Una de ellas, era la máxima aristotélica de la autosuficiencia: una comunidad política debía ser capaz de garantizarles a sus miembros por sí misma la impartición de justicia, la satisfacción de sus necesidades materiales y las condiciones para el desarrollo de una vida dichosa (que incluían campos como la educación, el recreo contemplativo y la práctica de la sociabilidad).

Fue así como la Declaración de Independencia de las Trece Colonias, pronto secundada y enriquecida por el constitucionalismo liberal que floreció en la América de habla hispana y en Europa, estableció las condiciones para el triunfo del Estado nación como nuevo horizonte de organización comunitaria⁴⁰. Frente a las teorías imperiales, muchos

³⁷ Jane Burbank, *Empires in World History: Power and the Politics of Difference* (Princeton, N.J. ; Oxford: Princeton University Press, 2010).

³⁸ Edmund S. Morgan, *Inventing the People: The Rise of Popular Sovereignty in England and America*, Revised ed. (W. W. Norton & Company, 1989).

³⁹ John G. A Pocock, *Three British Revolutions: 1641, 1688, 1776*. (Princeton: Princeton University Press, 2014), <https://doi.org/10.1515/9781400856473>.

⁴⁰ George Billias, *American Constitutionalism Heard Round the World, 1776-1989: A Global Perspective* (NYU Press, 2009).



comenzaron a asumir que la felicidad pública y la autosuficiencia solo podían alcanzarse en el seno de un Estado plenamente soberano, que ejerciese su potestad sobre un pueblo homogéneo y autodeterminado. Este proyecto implicaba una serie de intervenciones gubernativas y administrativas que garantizaran varios puntos esenciales: la regularización de una lengua común; la articulación de un mercado nacional que protegiese los intereses materiales de los ciudadanos a la vez que conectaba las economías regionales y locales; la homogeneización de los derechos civiles y políticos de todos los miembros de la nación, así como la igualación de los ciudadanos en su obligación de cumplir una serie de deberes para con la comunidad, como el servicio militar, el pago de impuestos y la obediencia a las leyes; y, por último, el aseguramiento del cumplimiento de dichos derechos y obligaciones mediante la expansión de un sistema judicial común y de una administración estatal racionalizada⁴¹.

Durante el siglo XIX y la primera mitad del siglo XX, los proyectos de organización nacional se expandieron lenta y accidentalmente, en un mundo en que los grandes imperios multiétnicos seguían siendo la norma⁴². Fueron los horrores de las guerras mundiales los que desacreditaron cualquier forma explícita de dominación imperial. Los 14 puntos de Wilson (1917) y la Declaración de Universal de los Derechos Humanos (1948) sancionaron el ideal de un mundo de pueblos autodeterminados y organizados en Estados nacionales que ejerciesen la soberanía independientemente de cualquier injerencia externa. Los redactores de estos documentos mostraron, en sus reminiscencias kantianas⁴³, una franca confianza en que los vínculos derivados de la negociación multilateral, del comercio, de los valores democráticos y del derecho internacional garantizarían la paz y la prosperidad entre unos Estados siempre independientes⁴⁴. Se confiaba en que la nueva institucionalidad internacional, privada de poder efectivo y siempre sujeta a la voluntad de los Estados miembros, funcionase gracias a una vocación compartida de cooperación.

Las falencias de este modelo en lo concerniente a la paz mundial quedaron al desnudo durante los años de conflicto perenne que trajo la Guerra Fría⁴⁵. Sin embargo, es innegable que los Estados nación, ahora prácticamente universalizados, cumplieron una buena parte de sus objetivos primordiales, en este punto enriquecidos por la emergencia de una socialdemocracia que les erigía como proveedores por excelencia de servicios sanitarios y educativos⁴⁶. Muchos de estos Estados nacionales lograron garantizar altas cotas de igualdad económica, de movilidad social, de bienestar colectivo y de democratización del

⁴¹ John Breuilly, ed., *The Oxford Handbook of the History of Nationalism*, 1st ed., Oxford Handbooks (Oxford, United Kingdom: Oxford University Press, 2013).

⁴² Jürgen Osterhammel, *La transformación del mundo: una historia global del siglo XIX* (Barcelona: Crítica, 2015).

⁴³ Immanuel Kant, *La paz perpetua*, ed. Joaquín Abellán (Madrid: Alianza Editorial, 2016).

⁴⁴ Samuel Moyn, *The Last Utopia: Human Rights in History* (Cambridge, Mass: Harvard University Press, 2012).

⁴⁵ Josep Fontana, *Por el bien del imperio: una historia del mundo desde 1945* (Barcelona: Pasado & Presente, 2013).

⁴⁶ Clara Sandelind, "Constructions of Identity, Belonging and Exclusion in the Democratic Welfare State," *National Identities* 20, no. 2 (March 15, 2018): 197–218, <https://doi.org/10.1080/14608944.2016.1211999>.



poder. Así, como nos lo cuenta magistralmente David Armitage, la Declaración de Independencia de los Estados Unidos, se convirtió en un texto paradigmático de la modernidad, que inspiró exitosamente a las sociedades del mundo a sancionar su soberanía en nombre de un pueblo autodeterminado y autosuficiente⁴⁷.

La crisis del Coronavirus parece, sin embargo, haber llegado para confirmar la obsolescencia rampante de este credo político. Mientras los gobiernos del planeta aplicaban el viejo recetario de los padres de la independencia americana, nuevas fuerzas se desataron. Este es un cuento, querido alienígena, muchas veces repetido durante los últimos treinta años. Las economías nacionales se vieron atravesadas más y más por circuitos globales de intercambio y de consumo. Las sucesivas revoluciones tecnológicas interconectaron de forma drástica los mercados de trabajo y las esferas públicas de los países, demoliendo las barreras que con tanto esfuerzo habían erigido los Estados. Las administraciones nacionales seguían garantizando el orden jurídico suficiente como para que los capitales y las mercancías circularan con una velocidad cada vez mayor, llegando a generar una deslocalización dramática del poder económico. En un mundo de empresas multinacionales, los mismos gobiernos que garantizaban el intercambio económico fueron crecientemente incapaces de asegurar el buen funcionamiento de sus sistemas de redistribución fiscal⁴⁸. Mientras las tributaciones huían a destinos paradisíacos, unas sociedades cada vez más desiguales se subían al monorraíl sin frenos del hiperconsumo. Los combustibles, tejidos, drogas y pasatiempos virtuales provistos por el mercado mundial se hacían cada vez más indispensables para hacer soportable la vida de unas comunidades volcadas hacia la productividad, el hedonismo y el individualismo⁴⁹.

En este contexto, el crecimiento económico desbocado, sacralizado como requisito esencial para el buen vivir de los pueblos, se hizo cada vez más incompatible con la sostenibilidad de las ecologías planetarias, con la perpetuación de ciertas formas básicas de cohesión intracomunitaria (como las familias de cualquier signo) y con el viejo sueño de la igualdad fundamentada en la redistribución, el mérito y la solidaridad. Como cuentan Gilles Lipovetsky y Zygmunt Bauman, en la medida en que los mitos colectivos y los modelos normativos de comportamiento planteados por el Estado moderno se hundieron, las sociedades de consumo individualizaron sus expectativas respecto de la vida feliz⁵⁰. Dos grupos contribuyeron decisivamente a este proceso de erosión del papel de los Estados nacionales como guardianes del bien público y como garantes de la autosuficiencia de la comunidad política. Si ciertos sectores neoconservadores bendijeron el imperio del sector privado sobre la esfera tradicionalmente ocupada por las administraciones públicas, abundantes secciones de la izquierda posmoderna hicieron lo

⁴⁷ David Armitage, *Foundations of Modern International Thought* (Cambridge University Press, 2013).

⁴⁸ Branko Milanovic, *Global Inequality: A New Approach for the Age of Globalization* (Belknap Press, 2016).

⁴⁹ Byung-Chul Han, *La expulsión de lo distinto* (Barcelona: Herder, 2019), <https://www.overdrive.com/search?q=ADF17002-F486-43B4-A234-029480251368>; Byung-Chul Han, *La sociedad del cansancio* (Barcelona: Herder, 2012).

⁵⁰ Gilles Lipovetsky, *La era del vacío: ensayos sobre el individualismo contemporáneo* (México, D.F.: Editorial Anagrama, 2015); Zygmunt Bauman, *Liquid Times: Living in an Age of Uncertainty*. (Oxford: Wiley, 2013).

propio con el potenciamiento del relativismo y el tribalismo identitario como horizontes de emancipación alternativos a la utopía colectivista del socialismo⁵¹. Mientras tanto, las instancias de gobernanza mundial nacidas bajo el paraguas de la ONU han dejado al desnudo la vacuidad de sus competencias y lo inane de sus regulaciones. El derecho internacional parece valer tanto como la disposición puntual de los gobiernos y las empresas transnacionales a acatarlo. Durante la última década, la orfandad cada vez más palpable dejada por la crisis del Estado y por el triunfo de un globalismo basado en la desregulación ha potenciado la emergencia de nuevos nacionalismos agresivos, que contemplan la posibilidad de una reversión a formas autocráticas y autoritarias⁵².

El COVID-19 ha dejado en evidencia todos estos procesos. Una crisis sanitaria mundial cuya acelerada difusión es hechura de la globalización y que, sin embargo, es combatida por cada gobierno aislada e ineficazmente. Una Organización Mundial de la Salud que ve como sus dictámenes científicos deben quedarse en recomendaciones desoídas por muchos ejecutivos irresponsables que piensan en términos electoralistas y cortoplacistas. Unos Estados que, sin ser capaces de coordinar una estrategia conjunta, se arrojan al cierre de fronteras, mientras intentan desesperadamente que funcionen unos sistemas sanitarios corroídos por el deterioro redistributivo que ha supuesto la desregulación económica de los últimos treinta años. Si esto sucede en lo que es meramente coyuntural, ¿cómo esperar, amigo extraterrestre, que estos decrepitos Estados se sienten a debatir una estrategia de largo plazo para la gobernanza sanitaria y ecológica que necesita el planeta en los próximos cien años? Me imagino que tú mismo te harás otra pregunta inevitable: ¿no será que, después de las transformaciones descritas, el Estado nación ya no es una forma de comunidad política que garantice la igualdad, la dignidad y la autosuficiencia de sus ciudadanos?

El valor de la Declaración de Independencia de 1776 no fue el de enunciar ninguna verdad universal e inmutable, sino el de establecer las bases para imaginar una forma de gobierno capaz de asegurar el bien común de sus ciudadanos a partir de un proyecto compartido de igualdad, justicia y compromiso público. Los constitucionalistas americanos emprendieron un experimento que no tenía precedentes en el mundo de imperios multiétnicos que les había visto nacer. Y te pregunto, forastero, ahora que el mundo de Estados nacionales que ellos mismos alumbraron parece caducar, ¿no sería el tiempo de lanzarnos de nuevo a experimentar? ¿Si los retos medioambientales, económicos y sanitarios que enfrentamos son mundiales no debería ponerse la política a la altura? ¿No piensas tú también que es hora de tomar de nuevo las riendas de este mundo de virus voladores, de leviatanes confusos, de capitales huidizos, de gente en casa y de poderes invisibles?

¿No podríamos comenzar a hacerlo con un ejercicio de voluntad y de pensamiento análogo a la Declaración de Independencia? Puede que solo un gesto estuviese a la altura

⁵¹ Daniel Bernabé, *La trampa de la diversidad: cómo el neoliberalismo fragmentó la identidad de la clase trabajadora* (Madrid: Akal, 2018).

⁵² Roger Eatwell and Michael Goodwin, *Nacionalpopulismo: por qué está triunfando y de qué forma es un reto para la democracia* (Barcelona: Ediciones Península, 2019).

de aquel hito que determinó dos centurias. Sería el momento de que los Estados nacionales, ante el turbio espectáculo de su propia incapacidad frente a los desastres que llaman a nuestra puerta, reconociesen que es momento de ceder una parte de sus poderes soberanos a entidades que puedan diseñar una política mundial, o al menos euroamericana. Entidades, en fin, que puedan fiscalizar de nuevo la actividad empresarial y asegurar la redistribución tributaria y la reorganización del trabajo y de la producción con miras a la igualdad; que puedan generar una recuperación de la confianza en las instituciones y ponerle bridas (o sogas) al corcel apocalíptico del hiperconsumo. Ojalá el siglo XXI marque el tránsito de la época de las Declaraciones de Independencia a la era de las Declaraciones de Interdependencia. Estas deberían estar en la base de un proceso de relocalización de los poderes públicos: un escalonamiento virtuoso de soberanías locales, regionales, estatales y supraestatales que fije horizontes compartidos de justicia, bienestar y dignidad, manteniendo un margen de autonomía y autodeterminación para los pueblos.

No se trata de inventar una utopía redentora, sino de tomar ladrillos de las dos grandes tradiciones descritas: los sistemas pluralistas, ecuménicos y corporativos de los imperios y los proyectos igualadores y democráticos de los Estados nacionales. No se trata, tampoco, de caer en las teleologías voluntaristas del cosmopolitismo filantrópico: no es posible aspirar a una cultura universal ni a un gobierno mundial (entendido en términos modernos). Pero sí es posible apostar por grandes conglomerados estatales que sepan ordenar la convivencia de sistemas políticos diversos y dispersos desde el respeto a la alteridad mutua de las sociedades planetarias. Este proyecto no ha de consistir, como afirman John Milbank y Adrian Pabst, en una actividad de regulación frenética, sino en una transferencia efectiva de parcelas de poder a instancias que puedan actuar en base a la negociación de sus partes⁵³.

¿Por qué no imaginar, amigo extraterrestre, una Organización Mundial de la Salud que tenga poderes normativos y debidamente respaldados por una estatalidad supranacional?, ¿por qué no especular que el órgano decisorio de esta sea una asamblea corporativa de expertos designados por las sociedades bajo su seno? Es de recibo recordar que la misma hilaridad que pudieran provocar estas disquisiciones la provocó a finales del Siglo XVIII la Declaración de Independencia de los Estados Unidos. ¿Quién podía prever que su experimento se convertiría en un principio rector de la historia moderna? Se trata, por tanto, de superponer un nuevo acto de imaginación política a los sueños caducos pero indispensables de los tamerlanes y los jeffersons. Si hay algo que hemos aprendido de la historiografía, la biología social y la antropología es que lo que caracteriza a la humanidad no es su predisposición a algún sistema específico de organización política, sino su infinita capacidad para diseñar nuevas formas de cooperación en base a la invención constante de mitos e historias colectivas. No hay tecnología más poderosa, no hay vacuna mejor contra las pandemias presentes y venideras.

⁵³ Adrian Pabst and John Milbank, *The Politics of Virtue: Post-Liberalism and the Human Future* (Rowman & Littlefield International, 2016).

Espero que esta historia te haya dicho algo, amigo alienígena. Espero que permanezcas en el planeta para presenciar lo que viene. Y espero que después regreses a tu patria para contar cómo, de nuevo, el baile prodigioso de la vida y la muerte continuó mientras se disipaban las tinieblas de la mismidad y de la nada.